

Obama, ¿un pato no tan cojo?

Carlos LARRINAGA
Historiador y Profesor Titular de Universidad

Es bastante frecuente que los presidentes estadounidenses cumplan una segunda legislatura al frente de la presidencia. Es lo que ha sucedido con Reagan, Clinton, Bush hijo o, recientemente, con Obama. Es el periodo máximo que un dirigente político puede estar al frente de la Casa Blanca. De ahí que los analistas de aquel país tengan una expresión para quienes repiten en el cargo: el “pato cojo”. Dicha calificación se suele aplicar para los mandatarios que están en la segunda parte del segundo periodo presidencial, cuando ya es muy difícil impulsar grandes proyectos debido a la merma de su liderazgo dentro y fuera del país y cuando tiene ya los días contados. Sin duda, las políticas más decisivas de un presidente deben ser acometidas en su primera legislatura y, como mucho, a comienzos de la segunda. Sólo situaciones excepcionales pueden cambiar esta lógica política, propiciando el hundimiento (no reelección de Carter debido a la crisis de los rehenes americanos en la embajada de Teherán) o un relanzamiento inusitado (lucha contra el terrorismo internacional bajo la presidencia de Bush hijo). En el caso de Obama, la dinámica mencionada se ha impuesto incluso antes de tiempo. Llegó a la presidencia impulsando la reforma sanitaria y la recuperación económica como proyectos estrella en el ámbito doméstico y la pacificación de Oriente Próximo, la lucha contra el terrorismo de Al-Qaeda, la retirada de las tropas estadounidenses de Afganistán e Irak o el cierre de la prisión de Guantánamo en el ámbito internacional. Proyectos todos ellos ambiciosos y con resultados desiguales, sobre todo, en política exterior, caracterizada por su comportamiento errático y por sus magros resultados, lo que ha hecho que los republicanos le hayan acusado de timorato y de que Estados Unidos haya perdido influencia en el plano internacional.

Centrándonos en este terreno, ha sido Rusia la que en los últimos años le ha tomado la delantera, coincidiendo, precisamente, con este segundo mandato de Obama. Cabe destacar aquí el papel tan activo de su diplomacia no sólo para evitar un ataque estadounidense contra el régimen sirio, sino también para propiciar la malograda conferencia de paz de Ginebra II. Otro tanto se podría decir del acuerdo firmado entre las grandes potencias e Irán a propósito de su programa nuclear. Han sido dos tantos en el haber del presidente Putin que no han hecho sino empujar aún más la política exterior de Obama, marcada, entre otras, por la más que discutible operación militar en Libia, por su dubitativa postura en una crisis egipcia que aún pervive, por su escasa eficacia en el avance del terrorismo yihadista en Irak y Afganistán o por la pervivencia de ese agujero negro para la justicia internacional llamado Guantánamo. Con semejante panorama no es de extrañar que muchos analistas políticos empezasen a calificar a Obama de pato cojo incluso antes de tiempo.

Sin embargo, las cosas parecen haber cambiado mucho con la crisis de Ucrania. De la reveladora conversación mantenida por la secretaria de Estado adjunta, Victoria Nuland, con el embajador de EEUU en Kiev, a finales de enero, se deduce un decidido apoyo americano a los manifestantes de la Plaza Maidán de esa capital contra el presidente Yanukóvich. La celeridad con que Estados Unidos reconoció a las nuevas autoridades surgidas del Euromaidán, saltándose la Constitución y los acuerdos con Rusia del 21 de febrero, fue muy significativa. Desde luego, todo hacía pensar en un enfrentamiento diplomático con Moscú, pero a Obama no le importó lo más mínimo, desafiando incluso al Kremlin al recibir en la Casa Blanca al nuevo primer ministro ucraniano, Yatsenyuk. Por cierto, no aceptado por el gobierno ruso, que califica de golpe de Estado lo acontecido en Ucrania y que sólo reconoce como presidente legítimo al depuesto Yanukóvich. Pero para colmo de la tensión diplomática entre las dos grandes potencias, el referéndum a favor de la independencia de Crimea. Su celebración, la victoria de los partidarios de la adhesión a Rusia y su incorporación a la Federación Rusa ha enrarecido ya del todo las relaciones internacionales entre Washington y Moscú. EEUU insiste en que no está dispuesto a reconocer esta “anexión” y aboga reiteradamente por la unidad territorial de Ucrania, tratando de evitar que Moscú siga tentado de

apropiarse de nuevos territorios de mayoría rusófona del Este y Sur de ese país. Para ello no sólo ha puesto en marcha toda una ofensiva diplomática, sino que está estudiando medidas económicas para perjudicar a Rusia. De momento, se han bloqueado las cuentas de algunas altas personalidades políticas y militares rusas y crimeas, responsables, según Washington, de la separación de aquella península.

Ahora bien, más allá de las medidas concretas, que ya veremos cómo se materializan y qué grado de complicidad asume una Unión Europea cuyos socios están muy divididos respecto de las determinaciones a tomar contra Moscú, lo importante de la actual crisis ucraniana es que el presidente Obama ha vuelto al escenario internacional con un renovado protagonismo. Con un proceso de paz entre Israel y la Autoridad Nacional Palestina estancado, con la continuidad de la guerra en Siria y con un liderazgo indiscutible de Rusia en la cuestión iraní, la Administración estadounidense estaba relegada hasta ahora a un segundo plano. Con la grave situación por la que atraviesa Ucrania y la crisis de Crimea Obama ha visto una oportunidad de oro de reforzar su papel internacional y dejar de ser un pato cojo para el resto de la legislatura. Con todo, los republicanos le siguen achacando su falta de firmeza y beligerancia frente a Putin, optando por posiciones más duras y agresivas. ¿Podrá resistir Obama semejantes embates y no caer en la imprudencia de tensar aún más la cuerda de las relaciones internacionales con Moscú? Esperemos que sí, ya que, ante la gravedad de los asuntos existentes en estos momentos en el tablero internacional, resultaría más eficaz un pato cojo que un pato mareado.

23 de marzo de 2014

Publicado en *El Diario Vasco*, 29 de abril de 2014, p. 22 y en *El Correo*, 29 de abril de 2014, p. 28